

otro alivio sino el de las consolaciones espirituales, el cuarto se adelanta más, á querer andar por este camino de la cruz, ora sea con muchas visitaciones espirituales, ora sin ellas, á imitacion de aquel Señor, que estando padeciendo en la cruz nos significó la falta de consuelo que tenia en la parte inferior de su alma, cuando dijo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Y este Señor que así padecía estaba clavado en su cruz con clavos, y mucho más con su amor, sin querer bajar de ella, aunque sus enemigos se lo pedian y le ofrecian el creer en él. Y á imitacion de esto, el quinto grado es afirmarnos en nuestras determinaciones, clavándonos con la fuerza de nuestro propósito en nuestra cruz, sin volver jamás atrás, antes andando siempre adelante en la via del divino servicio.

Con estos cinco propósitos se deshacen otras tantas dificultades que se ofrecen en este camino. La primera, es la muchedumbre y variedad de virtudes que son necesarias para la perfeccion; las cuales todas se poseen sin otro estudio y trabajo, más que de mirar en el dechado de Cristo nuestro Señor, y sacar de él conforme á la inspiracion de la divina gracia, como hemos declarado en los capítulos pasados. La segunda, es saber distinguir entre las virtudes sólidas y verdaderas, y las que son aparentes y fingidas, para lo cual ayuda el segundo propósito de la pobreza y humildad espiritual, como veremos en los capítulos siguientes.

¹ Matth. XXVII, 46.

CAPÍTULO X.

DEL SEGUNDO GRADO DE LA VIA ILUMINATIVA, QUE ES LA POBREZA DE ESPÍRITU Y HUMILDAD DE CORAZON.

DE dos maneras podemos ejercitar é imitar la pobreza y humildad de Jesucristo nuestro Señor. La primera es, con sólo el afecto teniendo el corazon libre del amor desordenado de las riquezas y de las honras de este mundo, y antes aficionado á todo lo contrario. La segunda, tambien con el efecto experimentando la falta de las cosas temporales, y los desprecios y deshonras del mundo, como las experimentó el Salvador y sus apóstoles; á los cuales dijo: «Acordaos de lo que muchas veces os he dicho, que el siervo no ha de querer ser más que su Señor, ni el discípulo más que su maestro, ni el apóstol mayor que el que le envia. Si me han perseguido á mí, tambien os perseguirán á vosotros, y si al Padre de familias han deshonrado y llamado Belzebú, ¿cuánto más deshonrarán á sus domésticos y criados?» Así que muchas veces dispone Cristo nuestro Señor las cosas de manera, que su pobreza y sus deshonras, y finalmente su cruz, no solamente la abracemos con el afecto sino tambien con el efecto: aquello primero pertenece al segundo grado de los proficientes, y esto segundo al tercero de que hablaremos despues.

¹ Matth. X, 24, 25; Luc. VI, 40; Joann. XV, 20.

Entre estos dos grados hay una diferencia, que se debe advertir con consideracion, y es, que al primer grado de la pobreza y humildad de espíritu, y al despreciar con el afecto todas las cosas, son llamados generalmente todos los cristianos, so pena de no serlo más que en el nombre, sin exceptuar estado ni condicion ninguna; pero al segundo de la pobreza y humildad actual y con el efecto, ni son llamados todos, ni los que lo son es en el mismo grado. Lo primero que todos los cristianos sean llamados á la pobreza de espíritu y á la humildad del corazon, es cosa cierta y la razon está clara. Porque todos los cristianos, de cualquier estado y condicion que sean, son llamados generalmente á la perfeccion, pues con todos hablaba el Salvador, y á todos predicaba cuando dijo ¹: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.» Y porque la perfeccion cristiana consiste en la perfeccion de la caridad y del amor de Dios, así como no es posible haber en un corazon el amor del mundo con el amor de Dios, así no puede haber la perfeccion con el amor de las honras y riquezas del mundo. Y siendo así, que todos son llamados á la perfeccion, síguese tambien que todos son llamados al desprecio de las honras y de las riquezas, y á la pobreza de espíritu y humildad de corazon, que principalmente consiste en renunciar todos estos bienes, por lo menos con el afecto.

Esta doctrina nos enseñaron los doctores sagrados, y antes de ellos los santos apóstoles, y antes de ellos Cristo nuestro Señor en su Evangelio. Porque el apóstol Santiago llama adúlteros á los que ponen su amor en los bienes de este mundo, y le quitan por el mismo caso de Dios, que es su legítimo y verdadero bien. «Adúlte-

¹ Matth. V, 48.

ros, dice ¹, ¿no sabeis que la amistad de este mundo es enemiga de Dios? Porque cualquiera que quisiere ser amigo de este siglo, se hace enemigo de Dios.» Y el bienaventurado san Juan en su primera canónica dice ²: «Si alguno pusiere su amor en el mundo, la caridad de Dios no está con él. Porque todo cuánto hay en el mundo, ó es concupiscencia de la carne, que es amor de los regalos y deleites; ó es concupiscencia de los ojos, que es amor de las riquezas temporales; ó es soberbia de la vida, que es amor de las honras mundanas, los cuales amores ni son de Dios, ni proceden de Dios, sino del mundo.» Luego el que quiere tener perfecta caridad y amor de Dios, debe en primer lugar desocupar su corazon del amor de los bienes del mundo; porque si la caridad perfecta es amar á Dios de todo corazon y con todas las fuerzas, ¿cómo puede emplear en Dios todas las fuerzas ni darle todo el corazon, quien le tiene ocupado todo, ó la mayor parte con la aficion de las riquezas y honras de este mundo?

Esta es la doctrina evangélica, y la enseñanza apostólica con que se crió desde sus principios la santa Iglesia; y estos son los fundamentos firmes de todo el edificio espiritual, que se funda y estriba sobre la pobreza de espíritu y desprecio de las riquezas, y sobre la humildad de corazon y desprecio de las honras. Y así como todos los cristianos deben cada uno en su estado procurar la perfeccion, así deben hacer este propósito, y andar este paso de la pobreza y humildad, por lo menos con el afecto. Porque no dijo Santiago, el religioso, ó el monje que tuviera amor de este siglo, por el mismo caso se hace enemigo de Dios, sino generalmente: Cual-

¹ Jacob. IV, 4. — ² I Joann. II, 15, 16.

quiera que quisiere ser amigo de este siglo se hace enemigo de Dios. Ni dijo san Juan, el religioso que tuviere amor de este siglo, la caridad de Dios no está en él, sino cualquiera que amare las cosas de este mundo, no está en él la caridad de Dios. En lo cual hace fuerza san Basilio por estas palabras: ¿No te parece, por ventura, dice este santo, que los Evangelios se predicaron tambien para los casados? ¿No ves que no solamente á los monjes, sino tambien á los casados se les pedirá estrecha cuenta si vivieron conforme á las leyes del Evangelio? Porque fuera de la licencia que tienen de vivir con sus mujeres, todos los demás preceptos igualmente se pusieron para todos, y todos los que hicieron contra ellos están en el mismo peligro. Pues es cierto que Cristo Señor nuestro, cuando promulgaba las leyes de su Padre, hablaba con los que vivian en el mundo, y con los que seguian el modo comun de vivir que hay en él. Con este mismo sentimiento nos desengaña el bienaventurado san Juan Crisóstomo cuando dice ¹, que todos los preceptos del Evangelio están indiferentemente puestos á los religiosos y á los seglares. Porque no dijo el Salvador, si el que jurare, ó el que mirare la mujer ajena para desearla fuere monje, ese tal peca; pero si fuere seglar, no peca. No dijo eso, sino absolutamente ²: «No jureis. El que mirare la mujer para desearla, ya ha cometido adulterio en su corazón, etc.» Y no sólo en estos preceptos, pero en otros consejos de mayor perfeccion no hizo esta diferencia; porque sin hacer mencion de religiosos ni de seglares absolutamente, dijo ³: «Bienaventurados los pobres de espíritu.» Y si todos son llamados

¹ Lib. 3, contra vitup. vitæ monast. — ² Matth. V, 34, 28. — ³ Ibid. 3

á la pobreza de espíritu, el menor grado que pueden tener en ella es, cuando siendo ricos con la posesion, no lo son con el corazón, porque le conservan libre del amor de las riquezas. Y por el mismo tenor podemos decir, que con todos los cristianos generalmente hablaba el Salvador, cuando dijo ¹: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.» Y en otra parte ²: «El que te hiriere en una mejilla, ofrécele la otra; y al que te pusiere pleito sobre el sayo, dale la capa tambien.» Todo lo cual por lo menos se ha de entender en el afecto y preparacion del ánimo, que no la puede haber sin la pobreza y humildad espiritual.

Sea pues principio cierto y asentado, que los que tratan de caminar adelante en su aprovechamiento espiritual, han de tener libre su corazón del amor de las riquezas y de las honras mundanas, y traer siempre delante lo que nos aconseja el discípulo amado del Señor ³: No queráis amar el mundo, ni las cosas que están en él, porque el mundo se acaba, y todo lo que se puede desear en él. Y el santo rey y profeta David en medio de las grandezas del reino, y estando en posesion de todos los bienes que puede dar el mundo, nos aconseja lo mismo, cuando dice ⁴: *Divitiæ si affluant, nolite cor apponere*, esto es, que aunque haya abundancia de riquezas, el corazón esté lejos de ellas; y aunque estén las arcas llenas, se conserve el corazón vacío y desembarazado para Dios. Porque como dice la Escritura ⁵: «Bienaventurado es el varon que no se le fué el corazón tras el oro, ni puso su esperanza en el dinero.» Y á los ricos de este siglo les manda san Pablo ⁶ «que no sean alti-

¹ Matth. XI, 29. — ² Ibid. V, 39, 40. — ³ I Joann. II, 15, 17. — ⁴ Psalm. LXI, 11. — ⁵ Eccli. XXXI, 8. — ⁶ Tim. VI, 17.

vos, sino humildes de corazón, y que no pongan su esperanza en cosa tan incierta como son las riquezas de la tierra.»

Siendo esto tan cierto, que todos los cristianos son llamados á la pobreza y humildad de espíritu, y que por lo menos con el afecto se deben conformar con la imagen de la humildad y pobreza del Hijo de Dios; no es menos cierto que no todos son llamados á la pobreza y humillacion actual, de manera que en el efecto sientan los oprobios y tengan parte en las deshonras y en la desnudez de nuestro Salvador. Antes vemos que segun el orden de la divina Providencia conviene que haya muchos en la Iglesia que estén en lugares altos y posean riquezas temporales, y sean temidos y reverenciados de los menores, para que con esta diferencia de grados, se guarde mejor la subordinacion, y las repúblicas y reinos sean mejor gobernados, y todos se ayuden unos á otros para conseguir su último fin á mayor gloria de Dios nuestro Señor. Y esto es tan claro y tan cierto, que no hay para que detenernos en probarlo.

Pero para no engañarnos en este punto, se debe mucho advertir que la pobreza espiritual, que como hemos dicho pertenece á todos, no puede ser verdadera si no está un hombre de tal manera dispuesto, que abrace tambien la pobreza actual siempre que entendiere ser esa la voluntad de Nuestro Señor y su mayor gloria. Porque ¿qué cosa es pobreza espiritual sino amor de la pobreza actual en caso que se sirva Dios con ella? En lo cual padecen algunos grande engaño pretendiendo quitar el afecto y amor de las riquezas, pero de tal manera y con tal condicion, que no las han de dejar, sino quedarse con ellas. De manera, que presupuesto que no han de dejarlas con efecto, en lo demás son muy liberales en

dejarlas con el afecto. Este es un grande engaño, y manifesto impedimento, y de su remedio trataremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

DE LOS EJERCICIOS CON QUE SE ALCANZA ESTE PROPÓSITO,
Y DE LA MEDITACION DE LOS TRES BINARIOS.

HEMOS dicho que despues de aquel primer propósito y general resolucion de imitar á Cristo nuestro Señor, el segundo paso y primer principio de esta imitacion ha de ser desear imitar á este Señor en su pobreza y en sus deshonras y afrentas, por lo menos con el afecto, deseando padecer otro tanto por él, como él padeció por nosotros; y que entonces este deseo será verdadero cuando estemos dispuestos á seguirle con efecto en esta su pobreza y deshonras, siempre que se ofreciere la ocasion y entendiéremos ser esta la divina voluntad. Y es de tanta importancia entrar por este camino al ejercicio de las virtudes sólidas y perfectas, que nuestro santo Padre, en todos los ejercicios de esta segunda semana, ninguna cosa más pretende que traer al que se ejercita á que tome esta resolucion y arraigue este propósito en su corazón. Porque luego en la primera meditacion en el último punto del ejercicio del llamamiento del rey temporal, dice así ¹: *Eterno Señor de todas las cosas, yo hago*

¹ 2.^a Sem., llam. del rey temp.

mi oblacion con vuestro favor y ayuda delante de vuestra infinita bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial; que yo quiero y deseo, y es mi determinacion deliberada (sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza) de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado. Esta misma condicion declara en el tercer punto de la segunda parte del ejercicio de las banderas, donde dice así ¹: *Considerar el sermón que Cristo nuestro Señor hace á todos sus siervos y amigos que á tal jornada envia, encomendándoles que á todos quieran ayudar en traerlos primero á suma pobreza espiritual, y si su divina Majestad fuere servida, y los quisiere elegir, no menos á la pobreza actual, etc.* Lo mismo en el coloquio á Nuestra Señora porque me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su bandera, y primero en suma pobreza espiritual, y si su divina Majestad fuere servida, y me quisiere elegir y recibir, no menos en la pobreza actual, etc. ¿Qué otras palabras se pudieran decir más fervorosas, ni qué otras razones más encendidas para movernos y obligarnos á adorar con toda reverencia la pobreza y las deshonras de Jesucristo, y abrazarlas con el afecto, y si Dios fuere servido, con el efecto?

Mas porque hay muchos que con el deseo de salvarse, y de hallar paz dentro de su corazon, quieren y procuran quitar el amor y afecto desordenado de las riquezas, pero ha de ser de tal manera y con tal condicion que no han de dejarlas; y habiéndose de quedar con ellas son muy liberales en querer renunciarlas con solo el afecto, y queriendo tener amor á la pobreza, no quieren expe-

¹ 2.^a Sem., Dos banderas.

rimentar los efectos de ella; porque cuanto tiene de comodidad el poseer las riquezas, tanto tiene de congojoso y escrupuloso el amor desordenado de ellas; y así del mismo amor propio, de donde nace no querer dejar las riquezas con el efecto, suele nacer tambien el dejar el afecto de ellas; pues para curar la tibieza de éstos, y quitar este estorbo de pasar adelante en su aprovechamiento, ordenó nuestro santo Padre esta meditacion de los tres binarios, que es, de tres géneros de hombres, que deseando todos quitar el afecto desordenado de las riquezas, no todos ponen los medios que convienen; para que considerando el diferente estado de estos hombres escoja cada uno para sí lo mejor. Y que sea este el intento de este ejercicio, vese claramente por el primer preámbulo de la historia ¹: *La cual es de tres binarios de hombres, y lo mismo fuera decir de tres ternarios ó de cualquier otro número de hombres, porque tanto es como decir de tres géneros ó maneras de hombres: Y cada uno de ellos ha adquirido diez mil ducados (no dice injustamente sino) no pura y debidamente por amor de Dios, y quieren todos salvarse, y hallar en paz á Dios nuestro Señor, quitando de sí la gravedad é impedimento que tienen para ello en la afeccion de la cosa requerida.* Siendo éste el estado de esta causa é historia, la meditacion es considerar cómo estos tres géneros de hombres, siendo semejantes en la codicia y amor desordenado del dinero con que ganaron los diez mil ducados, y en el deseo tambien que todos tienen de quitar de sí la afeccion de ellos (porque todos desean salvarse y tener paz consigo y con Dios) con todo eso son desemejantes en los medios que ponen para conseguir este intento; para que

¹ 2.^a Semana, Tres binarios.

considerando yo esta diferencia de medios y de caminos en tercera persona, donde suelen juzgar los hombres más desapasionadamente, escoja para mí lo que fuere mejor.

La diferencia, pues, consiste en esto; porque el primer binario querría quitar el afecto que á la cosa adquirida tiene, para hallar en paz á Dios nuestro Señor y saberse salvar, y no pone los medios hasta la hora de la muerte; lo cual es propio de hombres perezosos que van siempre dando largas y pidiendo nuevos plazos para la ejecucion de sus buenos deseos, hasta que en esto se les acaba la vida; por lo cual dijo el Espíritu santo ¹, que quiere y no quiere el perezoso. Porque queriendo nunca acaba de querer, y deseando nunca acaba de ejecutar. *El segundo quiere quitar el afecto, mas así le quiere quitar que quede con la cosa adquirida, de manera que allí venga Dios donde él quiere, y no determina dejarla para ir á Dios, aunque fuese el mejor estado para él* ². Lo cual es propio de hombres tibios, y que no se renuncian del todo á sí mismos, sino que entran á servir á Dios sacando partidos y condiciones; y merecen, que pues no se dan á Dios del todo, tampoco quiera Dios admitir la parte, sino que los vomite y los arroje lejos de sí. *El tercero quiere quitar el afecto, mas así le quitar, que tambien no tiene aficion á tener la cosa adquirida ó no tener, sino quiere solamente quererla ó no quererla, segun que Dios nuestro Señor le pondrá en su voluntad, y á la tal persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de su divina Majestad* ³. Lo cual es propio de hombres fervorosos y bien determinados. Y pues se ve claramente, que deseando todos tres quitar el afecto, éste solo pone los medios conve-

¹ Prov. XIII, 4. — ² 2.^a Semana, Tres binarios. — ³ Ibid.

nientes para conseguirlo, resta que nosotros nos dispongamos á lo mismo, y que para quitar de veras el afecto de la hacienda, estemos con determinacion de tenerla ó dejarla, como entendiéremos ser de mayor servicio divino. Y porque para resolver esto se requiere tiempo, y quietud, y luz de Nuestro Señor, y otros medios que se practican en los ejercicios de las elecciones ¹, *Entre tanto quiere hacer cuenta que todo lo deja en efecto, poniendo fuerza de no querer aquello ni otra cosa ninguna, si no le moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor, de manera, que el deseo de mejor poder servir á Dios nuestro Señor le mueva á tomar la cosa ó dejarla*. Y aunque es verdad, que para tomar resolucion más acertada nos conviene estar en las elecciones con esta indiferencia ², pero es de notar, que cuando nosotros sentimos afecto, ó repugnancia contra la pobreza actual, cuando no somos indiferentes á pobreza ó riqueza, mucho aprovecha para extinguir el tal afecto desordenado pedir en los coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor le elija en pobreza actual, y que él quiere, pide y suplica, sólo que sea servicio y alabanza de su divina bondad. Porque así como para enderezar una vara es menester torcerla á la parte contraria de donde está inclinada, así para poner indiferente nuestra voluntad ayuda inclinarla á la parte contraria de lo que desea; y así estará bien dispuesta en la ejecucion para lo que Dios le ordenare.

Por falta de este propósito muchos que se tienen por espirituales, y que procuran tener el corazon despegado de todas las cosas, se turban tanto cuando les falta alguna de ellas y se entristecen tanto cuando pierden acaso, ó les quitan por fuerza alguna de las comodidades que

¹ 2.^a Semana, Tres binarios. — ² Ibid.

poseian, que se da bien claro á entender que tenían muy pegado al corazón lo que no se puede despegar sin tanto dolor; porque así se hallan tan nuevos en las ocasiones, como si nunca lo hubieran propuesto, y tan olvidados de lo que propusieron, como si nunca hubiera de llegar la hora de cumplirlo: y así desconocen la deshonra y la pobreza cuando le ven la cara de cerca, como si nunca hubieran visto su retrato en el pensamiento; y así se escandalizan y huyen de ella en efecto, como si no la hubieran deseado y ofrecido á ella con el afecto. Y por esta causa nuestro Salvador, habiendo prevenido á sus sagrados apóstoles de los trabajos y persecuciones en que se habían de ver por su respeto y por su amor, porque no pensasen que esto se había de quedar en palabras y en deseos, les dijo ¹: «Estas cosas os he dicho para que no os turbeis ni escandaliceis cuando se cumplan, y para que cuando vengan á efecto y llegue la hora, os acordeis y hagais memoria de como yo las he platicado todas con vosotros.» Esto es lo que toca al segundo propósito de los proficientes, y segundo paso de esta via iluminativa. Veamos ahora cómo con este propósito se vence la segunda dificultad de esta jornada, que es distinguir las virtudes verdaderas y sólidas, de las aparentes y fingidas.

¹ Joann. XVI, 1, 4.

CAPÍTULO XII.

DE LA SEGUNDA DIFICULTAD DE LOS PROFICIENTES, QUE ES SABER DISTINGUIR LAS VERDADERAS VIRTUDES DE LAS FINGIDAS Y APARENTES.

NO es pequeña dificultad para los que desean aprovecharse en las virtudes saber distinguir lo precioso de lo vil, y lo verdadero de lo fingido y aparente; por lo cual dijo el santo Padre que sepan los medios que darse pudieren para insistir en las verdaderas y sólidas virtudes; lo cual cuando lo dijo, bien claramente daba á entender que hay algunas virtudes que no son verdaderas sino aparentes y fingidas, y otras que aunque sean verdaderas, no son sólidas y macizas; y que el distinguir las unas de las otras, é insistir en las unas deseando las otras es cosa dificultosa y que pide algunos medios, y no hay otro mejor que el desprecio de las riquezas y de las honras mundanas, y el amor á la pobreza y deshonras de Jesucristo Señor nuestro, pues él es camino que nos lleva á la vida.

Para mejor entender esto, se debe advertir, que las virtudes de muchas maneras pueden ser aparentes y no verdaderas. Lo primero y más notorio, cuando les falta el debido fin. Porque si alguno es casto por la gloria y alabanza humana, esta no es virtud de castidad, sino vicio de ambicion; y si sufre grandes trabajos por el amor del dinero, no es virtud de paciencia, sino vicio